tamente contable, y

e] Incorporación del sector público local y del sector privado a la planeación.

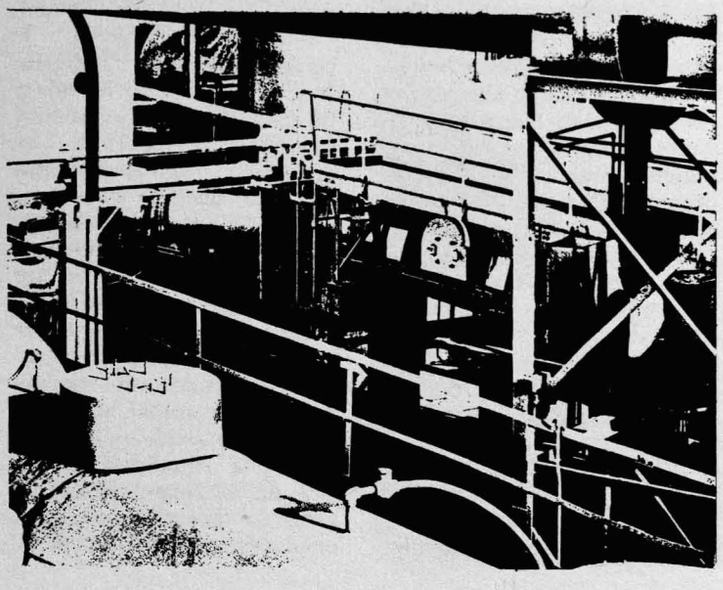
Una Comisión Nacional de Planeación sería el órgano responsable de la elaboración y ejecución del plan y tendría, como entidad administrativa, las ventajas siguientes: 1o. Garantizar su imparcialidad en los juicios que emitiera sobre política gubernamental; 2o. Realizar efectivamente la coordinación de las distintas dependencias al más alto nivel administrativo y 3o. estaría libre de trabas administrativas y burocráticas.

En el Seminario, al hablarse del proceso de planeación y el equilibrio de México, se hizo notar que mucho se ha hablado de que el país ha podido crecer a una tasa del 3% anual en su ingreso *per capita,* por cerca de un cuarto de siglo, sin sistema de planeación, pero es sabido que en las economías en desarrollo se crean estímulos al crecimiento en forma casi automática; además, ha habido algunos elementos de planeación informal surgidos de la Revolución Mexicana. En efecto, a raíz del movimiento armado se rompieron las estructuras feudales que ataban al país; se atacó el problema agrario en su aspecto de distribución, creándose un mercado interno que alentó la industria; se instituyó un sistema bancario nacional que permitió la movilización de recursos para financiar los distintos programas de inversión; se inició un programa de obras públicas tendientes a comunicar al país, a dotar de agua al campo mexicano y a proporcionar energía al equipo productivo; la educación tuvo un vigoroso impulso.

Sin embargo, subsisten deformaciones que han creado serios problemas y obstáculos al desarrollo futuro del país. Víctor M. Navarrete enumera en su ponencia, como principales, los siguientes:

1o. Si bien el campo constituye el problema número uno de México, la inversión en la actividad agropecuaria (en 1950 el 20% de la inversión total) para los primeros años de la década de los sesentas vino a representar sólo el 10%. La productividad agrícola, que de 1940 a 1950 creció a un ritmo de 4.1% anual, disminuyó en la década siguiente a 2.4% como consecuencia de la falta de capitalización en el campo. Si bien aumentó la inversión pública en riego, ha hecho falta un programa adecuado para los servicios de extensión agrícola, crédito y organización.

2o. Ligada a la deformación anterior, encontramos la defectuosa distribución del ingreso. En México contamos con una abundante clase pobre, una reducida clase media y una pujante y creciente clase acomodada que disfrutaba, hace diez años, del ... 57% del ingreso personal. Por el contrario, los asalariados agrícolas disminuyeron su número en 25% y su ingreso *per capita* descendió 10%; los asalariados no agrícolas aumentaron su número en 108%, pero su ingreso medio disminuyó en 6%. Aunque de 1940 a 1950 el ingreso por trabajador aumentó en términos reales ... 47%, dicho incremento fue aprovechado por los "empresarios" —incluyendo trabajadores independientes— que aumentaron su número en un 44% y su ingreso medio en un 70%, mientras el total de asalariados aumentó su número en un 25% y su ingreso medio en sólo 13%.



3o. Más del 55% de la producción industrial se concentra en el Distrito Federal y poblaciones aledañas, en tanto que el sureste del país tiene una de las economías más atrasadas del mundo. La distribución geográfica del ingreso, por tanto, es muy desigual: el Distrito Federal y la zona Pacífico Norte, con el 30% de la población, tiene un ingreso medio familiar 1.8 veces mayor que el promedio vigente en la República; las zonas Norte y Golfo de México, que agrupan al 1% de la población, poseen un ingreso igual al medio; mientras que la zona Centro y Pacífico Sur, en donde habita el 48% de la población, registran un ingreso equivalente a las dos terceras partes del promedio.

4o. La protección arancelaria a industrias ineficientes ha encarecido los productos y ha afectado la economía del consumidor; además, la inadecuada localización de muchas industrias y la concentración excesiva del comercio exterior en determinadas áreas y ciertos productos, han dado como resultado altos costos e imposibilidad de competir en los mercados mundiales.

El desarrollo económico carece de sentido si se le considera como una tarea en sí mismo; requiere, a su vez, de una planeación social orientada por dos motivaciones esenciales; a] lograr, con los recursos materiales y humanos disponibles, el máximo de productividad social y, b] ligar las posibilidades del bienestar con las características y perspectivas del desarrollo económico.

Es sabido que nuestro desarrollo social se ha realizado muy parcialmente, desperdiciando muchos recursos frente a las vastas necesidades sociales no satisfechas de una población que crece a uno de los ritmos más elevados del mundo (3.1% de crecimiento medio anual) y que está muy lejos de ser utilizada de acuerdo con los postulados de la Revolución. Existe una gran desproporción entre la población activa e inactiva del país; el subempleo afecta, por lo menos, al 32% de la población campesina; el 53% de la ocupada en la industria tenía un ingreso mensual inferior a 499 pesos y el sistema educativo es insuficiente porque deja a la mayoría de la población con un promedio de escolaridad menor de tres años.

Al abordar el estudio de las fuentes de financiamiento del Plan Nacional, el Seminario puso de relieve la creciente tendencia al endeudamiento externo, se pronunció en contra de la inversión extranjera irrestricta y de la falsedad que implica creer que ésta siempre viene a abrir nuevos campos no explotados, cuando, tal y como se ha visto, ha venido a comprar a precios atractivos inversiones ya establecidas por mexicanos, desplazando así el capital nacional e intensificando la dependencia del exterior. Finalmente, el Seminario advirtió que la mera elaboración de un plan no resolverá los problemas estructurales de la economía, pero sí puede ser el punto de partida para coordinar esfuerzos, racionalizar objetivos y procurar mejores resultados.

—Iván Restrepo Fernández

Vicente Leñero: *El garabato*. Editorial Joaquín Mortiz, 1967, 187 pp.

Lejos de la comunicación emocional de *La voz adolorida* o de *Los albañiles; El garabato* es una novela casi totalmente intelectual. El sentido de esta obra no podemos encontrarlo dentro de ella; es decir, en el planteamiento superficial que de sus problemas hacen los personajes; sino en una visión a dis-

tancia que nos permita sustraernos a la crítica ingenua acerca de su mediocridad.

Vicente Leñero recibe de su amigo Pablo Mejía el manuscrito de una novela titulada *El garabato;* está narrada en primera persona por Fernando J. Moreno, crítico literario de prestigio, pero incapaz de aportar realmente nada nuevo al estudio de la literatura; es, también, un novelista frustrado y ello contribuye a limitarlo aún más como crítico. Poco después de una entrevista que le hace el joven estudiante Fabián Mendizábal, éste le lleva el manuscrito de una novela titulada *El garabato.*

A partir de este momento, las historias se entrelazan. A las racionalizaciones religiosas y psicoanalíticas de Moreno, sigue la trama policíaca de la novela de Mendizábal y, a ésta, la dura crítica de Moreno.

Leñero maneja a la perfección los estilos de ambos escritores y capta sus peculiares deficiencias como narradores. A los protagonistas se suman personajes reales; escritores conocidos aparecen junto a los seres de ficción; todo lo cual le da una extraña dimensión a la novela: se pierden los límites entre la fantasía y la realidad. La ausencia de tales límites había estado presente, cada vez con mayor intensidad, en todas las obras de Leñero, pero en ésta la lleva hasta sus últimas consecuencias.

El garabato es una crítica sardónica a ciertos medios intelectuales de México. A través de ella, encontramos la pregunta que plantea el autor: ¿Es posible todavía la comunicación por la literatura?

Si nos enfrentamos a dos autores cuyo mayor problema es su incapacidad para comunicarse, se pone en cuestión a la literatura, o más bien, a ciertas formas de expresión literaria. La respuesta, al menos en este caso, es afirmativa: Leñero logró comunicarnos su duda y su visión crítica de cierta literatura que se hace actualmente en México.

—Rebeca Lozada

↑
VICENTE LEÑERO

Michel Foucault: *El nacimiento de la clínica*: Traducción de Francisca Perujo, serie Teoría y Crítica, 304 pp. Siglo XXI, Editores, S. A.

Una vez cerrado el bello libro de Michel Foucault no podemos evitar hacernos dos reflexiones. La primera es la extraordinaria riqueza y la osadía del pensamiento médico de fines del siglo XVIII y a principios del XIX. Del pensamiento, decimos, más que de la práctica. El Siglo de las Luces, al finalizar, lanza un resplandor que deslumbra a la vez que aclara. La segunda es inquietante. La medicina actual tiene medio, manifiestamente, de una reflexión filosófica sobre su arte: y como la medicina extrae, inevitablemente, un problema filosófico (epistemológico, metodológico...), el cuidado de encontrarle solución se deja a quienes no son médicos, en este caso a un filósofo. Tal situación podría volverse peligrosa si la experiencia clínica no llegara a lastrar el vuelo demasiado libre del Logos. Pero dejemos hablar a Foucault.

"En este libro se trata del espacio, del lenguaje y de la muerte. Se trata de la mirada." Esta mirada, la misión de conocimiento total que se le confía, la distancia que marca entre el enfermo y el médico, es la Clínica, tal como se cosntituye alrededor de Pinel; es la anatomía patológica de Bichat; es, al volver el siglo, una mutación de la relación médica. "El ojo se convierte en depositario y fuente de la claridad; tiene el poder de dar a la luz una verdad que sólo recibe en la medida en que la da a luz; al abrirse, abre la verdad de una abertura primera: flexión que marca, a partir del mundo de la claridad clásica, el paso de las 'Luces' al siglo XIX."

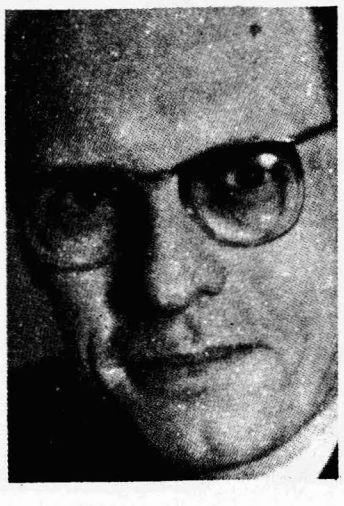
Foucault querría fundar un nuevo método de la historia de las ideas, que escapara a las trampas de la analogía y del psicologismo: "Querríamos ensayar aquí un análisis estructural de un significado —el objeto de la experiencia médica— en una época en que, antes de los grandes descubrimientos del siglo XIX, ha modificado menos sus materiales que su forma sistemática. La clínica es, a la vez, una nueva delineación del significado, y el principio de su articulación en un significante en el que tenemos por costumbre reconocer, en una conciencia adormecida, el lenguaje de una 'ciencia positiva'."

El lenguaje de Foucault no puede ser confundido con el de la "ciencia positiva": lírico, jaculatorio, elocuente, oscuro. Los títulos de sus capítulos son títulos de poemas: Lo invisible visible; La crisis de las fiebres... Estilo inspirado en el estilo de Khagneux, aclara o enmascara los análisis de mil maneras nuevas y enriquecedoras. No resumimos una meditación, pero por lo menos podemos citar estos pasajes de su conclusión:

"Se trata de uno de estos periodos que diseñan un imborrable umbral cronológico: el momento en que el mal, la contranaturaleza, la muerte, el resumen, todo el fondo negro de la enfermedad sale a la luz del día, es decir, de golpe se aclara y es suprimido, como noche, en el espacio profundo, visible y sólido, cerrado pero accesible, del cuerpo humano. Lo que era fundamentalmente invisible se ofrece de pronto a la claridad de la mirada, en un movimiento de apariencia tan simple, tan inmediato, que parece la recompensa natural de una experiencia mejor realizada. Tenemos la impresión de que, por primera vez después de milenios, los médicos, libres al fin de teorías y de quimeras, consintieron en abordar por sí mismos y en la pureza de una mirada sin prevenciones el objeto de su experiencia. Pero es necesario volver al análisis: son las formas de visibilidad las que han cambiado; el nuevo espíritu médico del que Bichat es el primer testimonio absolutamente coherente no es para ser inscrito en el orden de las purificaciones psicológicas y epistemológicas. No es más que una reorganización sintáctica de la enfermedad en la que los límites de lo visible y de lo invisible siguen un nuevo trazo; el abismo bajo el mal y que era el propio mal surge a la luz del lenguaje: era luz que sin duda aclara al mismo tiempo las *120 journées, Juliette* y los *Désastres.*" "La constitución de la anatomía patológica en la época en que los clínicos definían su método no es del orden de las coincidencias: el equilibrio de la experiencia quería que la mirada puesta en el individuo y el lenguaje de la descripción descansaran en el fondo estable, visible y legible de la muerte."

Éste es el tono. Nosotros creemos que puede ser fecundo para el médico este libro que contiene, entre innumerables frases, esta otra: "Lo que cuenta en los pensamientos de los hombres no es lo que pensaron, si no lo *no pensado* que de entrada los sistematiza, haciéndolos, el resto del tiempo, indefinidamente accesibles al lenguaje y abiertos a la tarea de pensarlos aún."

—H. E. Z.



↑
MICHEL FOUCAULT